palabras, dijo, «son otra forma vibratoria de los colores».

La generosidad de la voz de Sarduy, su *dépense* como ofrenda al lector, pero sobre todo al arte mismo. Su lúdica operación simuladora, donde hasta «Dios es simulacro»; su ejercicio enmascarado, travestido, anamórfico, carnavalesco, fetichista, que obliga a la realidad a un papel saludablemente funambulesco, preñada de incertidumbres. Su condición de *écrivain-voyeur* que alimenta y otorga espesor vario principalmente a sus novelas. El ejercicio del despilfarro, del despliegue, de la ingente acumulación, en función del placer gozoso, sin amontonamientos solemnes, ni volutas marmóreas; es decir, su particular visión del barroco que lo lleva a afirmar en un poema: «la carencia en exceso/ también sobra». Y en fin, el «heterotopos feliz» que es el cuerpo sideral de su obra, donde sus partes se fragmentan como en un estallido, pero al mismo tiempo conforman una coherente y lúcida galaxia, hacen de la obra de este cubano una referencia obligada de la modernidad literaria de lengua española, y este acercamiento a su *Obra completa* una ocasión dichosa para desanquilosar el panorama de lecturas, tan nutrido (o aplanado) por la ausencia (el vértigo) de nuevos abismos.

Gustavo Valle

El oculto territorio de Olga Orozco*

Hace sólo algunos meses, el suplemento cultural del periódico *ABC* ofrecía a sus lectores de poesía una grata y memorable primicia: la publicación de cuatro poemas inéditos de la autora argentina Olga Orozco (La Pampa, 1920-Buenos Aires, 1999). Así, y con el propósito de configurar un *dossier* dedicado a la poeta, se recordó –para algunos– o se presentó –para muchos otros– su siempre desbordada y desbordante palabra, la impostergable energía e intensa vibración de su prodigioso versículo. Una poesía que, desde la primera lectura, se percibe franca y límpida, simbolista en sus matices, interiorizada. Una poesía que se aviene a nosotros por la vía emotiva y, sin poder resistirnos, nos lleva de su mano, de su sereno y peculiarísimo *continuum* narrativo, sin mermar por ello, ni en un ápice, su densidad y calidez poéticas.

* *Olga Orozco, Eclipses y Fulgores, prólogo de Pere Gimferrer, Lumen, Barcelona.*

Con una larga y consolidada trayectoria poética a sus espaldas, Olga Orozco se ha convertido en una poeta entrañable e ineludible para las letras hispanoamericanas del presente siglo, y son muchos y prestigiosos los galardones que su obra ha merecido. Sin embargo, el conocimiento que se tiene de ella en España no es sólo minoritario, sino parcial. Sólo tres de sus libros se han editado, posteriores a la *Antología poética* editada por el ICI, Madrid, 1985 –*La oscuridad es otro sol* (Pre-Textos, Valencia, 1991); *Mutaciones de la realidad* (Adonais, Madrid, 1993); *Eclipses y fulgores* (Lumen, Barcelona, 1998)–, a la espera aún del volumen *Talismanes (27 poemas)* que Plaza & Janés tiene en preparación. Estas cuatro composiciones inéditas cumplieron fielmente su cometido, mostrando la seducción de su palabra, su desolado amargor y pertinaz quebranto. En ellos se aprecia la inveterada carnalidad de su voz, horadada de fantasmas transparentes y ángeles custodios, de presentimientos y revelaciones, de todo lo oculto a «la espera de la nostálgica mirada que los devuelva / por un instante al mundo». La pena, la sequedad del destino o esos parajes de ausencia tan caros a Olga Orozco, en fin, todo lo que a pesar del olvido permanece, los vuelve a articular con la hondura de siempre, cuestionándose aquello que, como hombres, nos iguala: nuestra frágil y aciaga existencia.

Solamente el milagro, amargo, deslumbrante o tormentoso,
 –no la hierba oxidada–, creció bajo mis pies.
 ¿De quién huir? ¿y adónde? ¿y para qué?
 Dondequiera que vaya soy yo misma pegada a mi aventura,
 a mi ansioso destino tan ajeno a quedarme o a partir
 con mi bolsa de fábulas
 y el impreciso mapa de lo desconocido.
 Allá lejos estoy tan cerca de las revelaciones y las dichas
 como aquí, como ahora,
 donde no logro descifrar jamás el confuso alfabeto de este mundo.

Frente al *Fuir! là-bas fuir!* de Stéphane Mallarmé, hay en Olga Orozco la aceptación humilde y la templanza propias de la mujer y la poeta que ha vivido intensamente, que nada de lo gozado o padecido desdeña, y que de sus pensamientos, emociones y temores –más que de los libros leídos–, extrae obsesiones y dudas, algunas certezas e innumerables incógnitas, cantos, elegías, plegarias. Nace su poesía de una esencial orfandad, por lo que una y otra vez invoca el «paraíso sin sombra» o recuerda a la niña que fue antes de la caída, aquella que hubo de contemplar muy pronto su propia desaparición, alma en pena que olvidó los tesoros, las canciones y los juegos. Un imprudente seductor, acaso un osado Prometeo –ese «filántropo funesto» de Cioran–, fue quien la condenó al exilio e inundó su alma de la soledad y melancolía cernudianas, alma de umbría que, cual sombra, hila en un invisible telar todo lo triste y callado que resume su historia.

Lo hasta ahora señalado se encuentra excepcionalmente reco-

gido en el compendio de su obra que la propia autora ha realizado: *Eclipses y Fulgores*, una antología que selecciona lo mejor de su itinerario, a partir de *Desde lejos* (1946) hasta *Con esta boca, en este mundo* (1994), además de una sección final denominada *Algunos poemas inéditos*. En ningún momento del libro languidece el ritmo inquebrantable e incesante del poema que, émulo de la estrella de Goethe, avanza «sin prisa, pero sin pausa». Las palabras que empleó J.R.J. —el más lúcido *vigilante* y analista de la creación poética— para definir su «poesía en sucesión» se hermanan solícitas al compás y la cadencia de Olga Orozco: «Transición es presente completo, que une pasado con presente y porvenir en un éxtasis momentáneo sucesivo, sucesiva eternidad de eternidades, momentos eternos. El éxtasis sucesivo es lo dinámico por excelencia». En Olga Orozco este éxtasis y dinamicidad se manifiestan en el carácter dilatado de sus versos, en el prolongado despliegue de un motivo que, palabra a palabra, se engarza y multiplica, resistiéndose al acabamiento final. La exactitud no es para ella —como sí para otros autores— signo de brevedad o limitación; antes bien, su poesía comporta un estímulo prioritario, el de su proceso interior, que es quien erige un impulso del decir que va más allá del artificio, la depuración estilística o el

rígido sometimiento a una forma equilibrada y armoniosa.

Por otro lado, los monólogos en alta voz o, en ocasiones, los diálogos con entes, momentos y espacios irremediablemente mudos, denuncian el mismo pacto con el misterio, con lo innombrado y lo desconocido, que también contrajo el poeta de Moguer. La memoria parlante —instigadora, quejumbrosa y obstinada— de Olga Orozco persigue, infatigable, la presencia impredecible de aquello que sólo podrá intuir pero nunca nombrar, aquello que emerge de no sabe qué lugar, quizás la voz del silencio, el rostro de la sombra o el cuerpo de la ausencia. Es ésta la tensión de fondo de su poesía: su disponibilidad para lo imposible, el estremecimiento de una palabra poética que sobrevuela los abismos, a la espera sostenida y paciente de entrever lo incierto, el otro lado que espera alcanzar tras un muro,

{...} [el muro] del principio y el final,
donde comienza tu oculto territorio impredecible,
donde tal vez se acabe tu pacto con el silencio y mi ceguera.

Marianela Navarro Santos